

PUBLICACIONES *Cinema*

*Robert YOUNG
Madeleine CARROLL* en

50
(CENTIMOS)



**EL AGENTE
SECRETO**

EL AGENTE SECRETO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

Alfred Kitchcock



SELECCIONES

BRITISH FILMS DISTRIBUTORS, S. E. L.

PRODUCCIÓN GAUMONT BRITISH PICTURES

Calle Aragón, 271

BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

ROBERT YOUNG

MADELEINE CARROLL

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL AGENTE SECRETO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Entre cuatro cirios ardiendo muéstrase el féretro, cubierto con un gran paño negro. Millares de amigos y admiradores del finado desfilan silenciosamente ante el ataúd, que está ya cerrado y en cuyo interior duerme el sueño eterno el famoso autor Jhon Broder.

En un lado de la pared de la estancia mortuoria, el retrato al óleo de un oficial del ejército, exhibe su juventud plenaria de vida en contraste con la fría negación de la muerte. Pronto aquel recinto se inunda de caballeros y jefes del ejército, que formando pequeños grupos, comentan el triste desenlace de aquel muchacho joven y simpático, autor de diversas obras que habían obtenido la aprobación del público se'ecto. Nadie sabía los pormenores del caso y la noticia cayó como una bomba en el seno de los círculos artísticos y en las peñas de los amigos de Jhon, y todos se apresuraron a personarse en su domicilio para enterarse de algo que no sabían.

Pero en la casa mortuoria sólo se encontraba su ayuda de cámara, un muchacho mutilado, que sólo conservaba su brazo izquierdo, y era el que se encargaba de recibir a los visitantes y velar el cadáver. A las preguntas con que lo acrribillaban, contestaba de forma tal, que el curioso quedábase en el limbo. Nadie podía saber más de lo que sabía, esto es, que el muchacho jefe del ejército, había muerto.

—Y esa fotografía de allí, ¿de quién es? — preguntó uno de los curiosos.

—Jhon Broder — contestó el criado —. Era militar y ha muerto en acto de servicio.

A nadie le extrañaba la explicación, puesto que en tiempos de guerra, era normal. La conflagración del 1914 había tragado una víctima más.

Cuando, después de largas horas de desfile, se marcharon todos, y el criado se quedó solo, cerró herméticamente la puerta y se acercó a uno de los cirios que continuaban ardiendo, encendiéndo el cigarrillo que llevaba prendido en los labios; luego, ceremoniosamente, con una sonrisa de ironía que le ladeaba ligeramente la boca, tiró del paño que cubría la caja e intentó cargar con ella. Esfuerzo inútil; con el único brazo que tenía no podía abarcarla toda y después de titánicos esfuerzos, rodó la caja por el suelo, abriendose la tapa. Dentro de ella, nadie yacía.

Los primeros rotativos que salieron a la luz iban cuajados de notas y detalles de la muerte del famoso autor Jhon Broder. El mundo literario había perdido uno de sus mejores representantes contemporáneos.

A unos kilómetros de distancia, se encuentra sentado delante de la mesa de trabajo un general del ejército alemán, acompañado de su ayudante. Es el jefe de la red de espionaje, conocido por «r», hombre de grandes energías y temperamento activo que no sosiega en pro de su patria. Mientras están conversando los dos oficiales, afuera, en la antesala, otro joven oficial pide permiso para entrevistarse con «r», alegando ha sido reclamado.

El ordenanza pasó el recado y a los pocos momentos entra en el departamento del general, Jhon Broder en persona, que se cuadra rígidamente delante de su jefe.

—A sus órdenes, mi general.

Le ha mandado llamar, oficial Broder, para ponerle al corriente de un asunto importante y darle ciertas explicaciones: Para los actos de servicio que le van a estar confiados ha sido necesario el simulacro de su muerte. Su nombre es demasiado conocido, en cambio, el de Ashenden, puede facilitarle mayor incógnita.

—Sí, mi general, ya me he enterado de todos los pormenores de mi muerte — contestó sonriente Broder.

—Partirá usted inmediatamente, siguiendo mis instrucciones y sin dejar de estar en contacto conmigo. Parará usted en el Hotel Excelsior, donde habita un sagaz espía inglés que debe caer en nuestras manos, y nadie mejor que usted podrá cumplir ese cometido. Mis hombres le secundarán en lo que sea necesario.

—Está bien, mi general. Partiré inmediatamente.

El general da unos golpecitos amistosos en la espalda de Broder, saliendo juntos del despacho.

Un ruído extraño que sube del sótano los deja unos momentos en suspense al pie de la escalera y a los pocos minutos una mujer morena sale, huyendo de un individuo bastante extraño que la persigue.

—¡Ah! — murmura por lo bajo el general, dirigiéndose a su acompañante — es el mejicano Calvo, que no deja tranquilas unas fávidas.

Aturdido por el coraje que le producía la huida de la muchachita, el Mejicano se dió de narices con el general que se hallaba el pie de la escalera.

—Perdone, mi general — dice suavemente —. Las muchachitas me huyen y yo no sé qué hacer para contentarlas.

El que así habló era un individuo de corta estatura, algo entrado en carnes, de rostro cobrizo y cabello rizado, en pequeños caracoles. Sus ojillos negrísimos brillan con una llama eterna de luxuria y en su boca carnosa, de mulato, luce siempre una sonrisa pueril. Una argolla recia de oro, cuelga de su oreja derecha.

Broder quedó contemplando aquel individuo, que en lo sucesivo sería, tal vez su compañero, felicitándose en su fuero interno, por el gesto de repugnancia que la joven mostraba al pasar junto a ellos como un relámpago. En verdad que aquel hombre era muy poco atrayente.

Al día siguiente se personó en el Hotel Excelsior, Broder, correctamente vestido de paisano, llevando su equipaje como si regresara del extranjero.

Al entrar repasó con cuidado el espléndido hall del hotel, dirigiéndose al «bureau» de informaciones.

Quisiera unas habitaciones para mí — dijo.

—Está bien, señor. ¿Me hace la gracia de llenar las hojas?

Ashenden sacó la estilográfica dispuesto a cumplir con aquel requisito.

—A nombre de quién? — volvió a preguntar el empleado.

—Ashenden.

—Perdone el señor, pero ya las tiene reservadas.

—¿Quién las ha encargado?

—Su esposa. Hace pocas horas llegó y ella misma me

indicó que al venir usted le pasara recado de que le espera arriba.

—Gracias. Así me llevo las hojas y las llenaré en mi departamento.

—Como quiera el señor.

Ashenden vivamente sorprendido, por hallarse en el hotel con una presunta esposa que después de usurparle su nombre postizo se mete a dar órdenes, cruza el hall otra vez, en dirección al ascensor.

En aquellos momentos un perrito de lanas se mete entre los pies, y Ashenden que va preocupado, le da un pisotón.

A los quejidos del animal se le acerca un hombre alto, de porte distinguido, que coge en brazos al perro, acariciándole mimosa la patita lastimada. Ashenden se deshace en excusas, que el desconocido contesta con un marcado acento inglés, mientras Ashenden se mete en el ascensor.

Al entrar en la habitación cuyo número le ha indicado el empleado se encuentra que está ocupada por un caballero joven, que se halla sentado en uno de los butacones, de espaldas a la puerta de entrada, llevándose un grueso racimo de uvas a la boca, mientras en voz alta va hablando con una desconocida que en el cuarto de baño se está haciendo el tocado.

Ashenden retrocedió, cerrando de nuevo la puerta y percatándose que el número que muestra, es el que le han indicado, vuelve a entrar, resueltamente.

El joven seguía hablando.

—Oye nenita, ¿qué hacemos esta tarde? Te aseguro que si aceptas salir conmigo, nos vamos a divertir mucho.

Y el oficial se disponía a salir de nuevo, creyendo sufrir un error, cuando la voz femenina contesta:

—Imposible, amor mío. Estoy esperando de un momento a otro, a mi marido.

No cabía duda; aquella era su habitación y aquella mujer que acababa de oír, su esposa, y, sin duda, aquel joven venezuelo atildado y meloso, el amante.

Y entró nervioso, en la habitación, cerrando violentamente la puerta, pues aunque nada tenía que ver con aquella mujer le irritaba pusieran tan por lo bajo su nombre.

Al ruido producido, el joven atildado se levantó rápidamente, quedándose frente a frente de Ashenden que lo miraba con el ceño algo frunciendo.

—¿Qué desea? — se atrevió a preguntar.

—Soy Ashenden, el marido de la mujer que está ahí dentro arreglándose.

Por el rostro del joven pasó un relámpago de sorpresa.

—Perdone — dijo sonriente —. Creí que era más viejo.

Del cuarto de baño, atraída por el portazo y las palabras que se habían cruzado los dos hombres, salió una mujer envuelta en un lujoso albornoz.

Este se quedó largo rato contemplando aquella joven de cabellera rubia y bellos ojos, en los que asomaba una expresión de travesura.

El petimetre, sujetando todavía las uvas, no sabía qué hacer. Finalmente, se decidió a partir, no sin dejar de mirarla, a espaldas de Ashenden, y, haciéndole cuatro guines, como queriéndola convencer de que saliera con él. Luego inició el gesto de tirarle el racimo, pero reteniéndolo, optó, finalmente, por quedarse con él, desapareciendo.

Solos el matrimonio, la joven regresa al cuarto tocador, seguida de Ashenden, que luego de quitarse el sombrero y el abrigo, preguntó:

—¿Se puede saber a qué se debe encontrarme con una esposa?

La joven se sonrió. El aspecto correcto y varonil del agente no le había desagradado.

—Acato órdenes dadas — dijo —. «rr» me señaló lo que tenía que hacer y aquí estoy.

—La verdad es que para asuntos de trabajo me creo bastar sólo.

—No lo dudo. Yo también creí que la suerte me depararía un hombre más entrado en años, de todas formas, estoy contenta que no sea así.

—¿Con quién hablo?

—Con Elsa, actualmente la esposa de Ashenden, agente de «rr», y creo que no lo vamos a pasar tan mal.

Ashenden continuó con el rostro ceñudo y una expresión de coraje en los ojos, apesar de la encantadora sonrisa con que Elsa había acompañado sus palabras. No le hacía gracia que lo controlasen en sus trabajos y mucho menos una mujer; además, le había molestado secretamente.

mente el chico que había sostenido con el pollo.

—¿Quién era el que estaba en la habitación?

—¡Ah! Un joven muy simpático que conocí ayer. Salimos juntos e hicimos muy buenas migas. La verdad, yo no sabía con quien tendría que habérmelas y procuraba encontrar un entretenimiento para pasarme los ratos de aburrimiento que podría tener.

—No está mal; parece que la joven se pierde de lista.

—No; el trabajo es una cosa, pero la libertad individual es otra. Creo que luego de hacer lo que sea conveniente, puedo disponer de mí.

Mientras tanto, unas manos varoniles desdoblan un telegrama cifrado que, transcrita, dice: «Novelista Broder llegó hoy Hotel Excelsior; tome medidas.»

La red del espionaje contrario se burlaba de todas las precauciones y ponía sobre aviso a sus agentes. Ashenden había ya sido reconocido por su verdadera personalidad, pero el oficial alemán, ajeno a la agudeza de sus contrincantes, debatía, en la habitación asuntos particulares, junto a una hermosa mujer.

Unos golpecitos discretos en la puerta cortaron el diálogo de los dos agentes.

Ashenden fué a abrir y apareció sonriente como siempre. El Mejicano, que cumpliendo a su vez órdenes, se reunía con ellos para llevar a cabo la captura del espía inglés.

—Ya estoy aquí, dispuesto a trabajar. Me manda «r». Tú verás qué es lo que tengo que hacer.

Ashenden estrechó la mano del nuevo compañero, haciéndolo entrar en el tocador, donde le presentó a su supuesta esposa.

El Mejicano, después de saludarla efusivamente, sin disimular la admiración que le producía su belleza, se volvió rápidamente a Ashenden, comentando:

—No hay derecho, Ashenden. A ti el general te trata con mucha consideración. Incluso te da una mujer para acompañarte. A mí, en cambio, me deja siempre ir solo. Yo, verdaderamente, protesto.

—Calla esa boca y no estés ahora para tonterías.

—No, no, Ashenden, ¿de verdad, no va a quedar nada para mí, de toda esa ternura?

El Mejicano no se resignaba a dejar de compartir parte



Sus ojillos negrísimos brillan como una llama eterna de lujuria...



La joven se olvida de cuanto la rodea atraída por aquel muchacho...

de la compañía de aquella mujer qué, puesto que les ayudaba en sus trabajos, creía lógico, les atendiera particularmente.

Pero Ashenden, que sabía cómo las gastaba el compañero, evadió la conversación, no sin afirmarle que no tendría nada que ver con ella, puesto que en calidad de esposa estaba bajo su tutela.

Resignado, pero no convencido, el Mejicano transmitió a Ashenden, las órdenes y explicaciones que en persona traía.

—Debemos evitar, a toda costa, que el espía inglés, por quien nos encontramos aquí, llegue a destino. Se sabe que, en breve, tiene que partir para el Cairo, llevando una importante misión. También me han comunicado que no lejos de aquí, en una ermita, se encuentra un viejo organista, que sabe el nombre de ese espía y debemos ir alerta por cuanto el espionaje en esta ciudad está muy extendido; pero no te apures que este «sabueso» sabe vigilar y echar mano cuando sea necesario.

Después de las explicaciones dadas por el Mejicano, los tres agentes de «r» planearon las primeras gestiones para dar con el paradero del hombre que buscaban.

Y aquella noche, bajaron los tres al restaurante, donde, durante la cena, fueron inspeccionando los huéspedes que se encontraban en el hotel.

Entre ellos estaba Marvin, el petimetre que Ashenden había encontrado en la habitación de Elsa, que, al pasar junto a ellos, les saludó sonriente.

Elsa correspondió amablemente a aquel saludo.

Después de cenar, Ashenden y el Mejicano, salen a la busca de algún indicio que les ponga sobre la pista, y Elsa, aceptando la invitación de Marvin, sale con éste, dispuesta a pasar una alegre noche.

De regreso, a altas horas de la noche, Marvin y Elsa están muy acaramelados. La joven se olvida de todo cuanto la rodea, atraída por aquel muchacho tan alegre y dicharachero, que se toma la vida como si fuera un juego, ajeno a toda preocupación. A pesar de su petulancia de don Juan y de sus mimos de chiquillo, le es sumamente simpático y, por su parte, Marvin se siente feliz al lado de aquella bellísima mujer, que acepta juguetona y alegre su constante buen humor. Al dejarla en el hotel, Marvin le dijo:

—Mañana volveremos a salir, ¿verdad?

—Veremos; depende de lo que quiera mi marido.

—No seas tonta y déjalo estar a tu marido. Nos divertimos más tú y yo.

Al dia siguiente, hallándose reunidos en la habitación los tres amigos, el Mejicano explicó un descubrimiento que había hecho.

Y éste consistía en que al entrar en una tienda donde vendían diversos productos de comestibles y droguería, se encontró con un hombre de cierta edad, a quien le estaba sirviendo el dueño. Luego de pagar el gasto de la compra, el tendero, con disimulo, le alargó un papélito blanco, que el hombre se guardó rápidamente, saliendo acto seguido.

Ya tenían una pista, puesto que aquel tendero era, sin duda, uno de los agentes de enlace con quien contaban sus enemigos.

También sabía que el organista de quien le habían hablado continuaba en la capilla prestando sus servicios; por lo tanto no tenían que perder tiempo y averiguar inmediatamente, por mediación de aquel anciano, el nombre famoso del agente inglés.

Al dia siguiente, a primera hora de la mañana, el Mejicano y Ashenden emprendieron el camino hacia la ermita en donde se hallaba el individuo en cuestión. Desde la puerta de la capilla, oyeron el órgano.

Vigilando no ser espionados por alguien, entraron cautelosamente en el recinto sagrado, dirigiéndose al altar principal en donde se arrodillaron, haciendo ver que rezaban. Ashenden cogió tres cirios.

—¿Qué haces? — dijo por lo bajo el Mejicano.

—Es la consigna.

Luego, lentamente, los fué encendiendo, aguardando la respuesta. Pero ésta no se produjo; por el contrario, el órgano iba emitiendo notas.

El Mejicano que se impacientaba, cogió a su vez otros tres cirios, haciendo la misma operación que su compañero, pero la misma negación obtuvo.

—Exploraremos por cuenta propia, sino estaremos aquí hasta mañana — dijo el Mejicano.

Los dos agentes se levantaron pisando suavemente, para no hacer ruido, y se metieron por los confesionarios en busca de la escalera de madera que daba acceso al coro, en donde el organista no cesaba de tocar.

Suavemente y sin hacer ruido, vigilando si alguien podría estar por su alrededor, se acercaron hasta el anciano.

—Es él — dijo el Mejicano —. Las señas corresponden.

Ashenden lo cogió por el brazo. A la pequeña sacudida recibida, el organista cayó al suelo y el órgano, que no tenía la presión de los dedos en el teclado, enmudeció. Rápidamente los dos hombres se inclinaron sobre él. No había duda, el anciano estaba muerto.

—Estrangulación — comentó el Mejicano —. Bonito procedimiento.

—Nos han tomado la delantera. Seguramente sabían que nos tenía que informar. Pero fíjate-ha habido algo de lucha, tiene esta mano agarrotada.

—Yo cuando hago estas cosas, soy más fino. Un ligero apretón y ya los dejo inservibles. No son tan mañosos como creía.

Con titánicos esfuerzos lograron abrir la mano del cadáver, recogiendo un botón de cuero trenzado, color marrón.

—Ya tenemos un indicio; no hay que desesperar. Si éste no nos ha podido decir el nombre del que buscamos, el botón lo descubrirá. Seguramente, el autor de esto es el mismo que le interesa estar en la incógnita, y que usa de todos los medios para no ser descubierto.

Unos pasos que resonaban en la iglesia les hicieron abandonar el lugar, pero no habiendo sistema de salir de nuevo a la calle, optaron por subir al campanario, apostándose en las vigas de hierro que sostenían las campanas y desde cuyo escondite divisaban todo cuanto sucedía en el coro, sin temor de ser descubiertos.

Los recién llegados, cuando descubrieron el crimen, lanzaron al vuelo las campanas reclamando auxilio. El volteo de éstas, por poco despidió de la viga al Mejicano, que, distraídamente contemplaba todos los preparativos y gestos que los de abajo hacían, teniendo que ser sostenido por Ashenden.

—Creo que nos estaremos muchas horas — decía el Mejicano.

El ruido era tan ensordecedor que no podían oírse mutuamente.

—¿Qué dices?

—Que tardaremos mucho en poder escabullirnos — gritaba con todas sus fuerzas el Mejicano.

Verdaderamente no cesaban de entrar nuevos individuos reclamados por el eco de las campanas, y pronto la noticia del asesinato del organista cruzó por todas partes.

Era anochecido ya, cuando los dos agentes de «rr», pudieron dejar su escondite, regresando de nuevo al hotel, y llevando como un relicario aquel botón que habían arrancado de la víctima.

—¿Os ha salido bien la gestión? — preguntó Elsa.

—No del todo. Cuando llegamos nos habían tomado la delantera y el organista estaba ya muerto.

—Sí; una estrangulación mediana — habló el Mejicano mientras se miraba las manos con cierto orgullo —. Yo lo hago mejor.

—No obstante, hemos encontrado este botón de cuero que el organista llevaba en la mano. Ahora no debemos sosgar hasta dar con su dueño. Así sabremos quien es el autor del crimen.

—¿El organista ha sido estrangulado? — preguntó Elsa, como si no hubiese oído bien.

—Sí — detalló Ashenden —. Le hemos hallado sentado ante el órgano. Realmente, como dice el Mejicano, la muerte le ha sido producida algo toscamente, pero en términos generales, el procedimiento es notable: le fueron colocadas las manos sobre el teclado, lo suficientemente rígidas para que el órgano no dejase de tocar. Así nadie habría podido darse cuenta de nada, hasta quien sabe cuándo a no ser por nosotros y aún porque nos movía la necesidad de entrevistarnos con él.

Elsa permaneció unos momentos profundamente reflexiva. Al fin, dijo:

—Así, pues, es evidente el propósito de que se tardase todo lo posible en descubrir el crimen.

—Exacto, es lo que acabo de decir.

—No creo que ello haya obedecido a un simple capricho de imaginación.

—Explique sus deducciones, Elsa.

—A mi entender, tan extraña manera de quitar la vida a un hombre que nos tenía que revelar un grave secreto, obedece a la idea de ganar tiempo para ejecutar algún plan importante.

El Mejicano miró a la hermosa joven estremecido, y Ashenden le imitó, no sin cierta admiración.

—No es una cosa imposible — dijo este último —. La supresión del organista lleva aparejado un doble manejo secreto, dirigido contra nosotros. Es necesario que vivamos continuamente sobreaviso. Tengo la convicción de que nuestro enemigo no se encuentra lejos.

—Probablemente en el mismo hotel — comentó el Mejicano.

Puestos de acuerdo y coincidiendo en las sospechas del peligro, los tres agentes se prepararon para poner inmediatamente en acción un nuevo plan combinado.

Anochecía y los salones del hotel se iban poblando de damas elegantes y caballeros irreprochables.

Todas las mesillas individuales se hallaban llenas, y en el centro, rodeando la mesa de la ruleta, había una doble fila de admiradores.

Tampoco faltaba en la sala, Marvin, que en cuanto descubrió a Elsa, se le acercó, saludándola alegremente, con el consiguiente coraje de Ashenden, que sentía por la joven una profunda simpatía, motivo de callados celos.

Los dos agentes, acompañados del Mejicano, que danzaban de un lado a otro, haciendo el distraído y mirando las caras bonitas que se exhibían, a la caza de alguna aventura amorosa, se acercaron a la ruleta, apostando unos billetes.

Al poco rato, entró en el salón un caballero, ya conocido de nosotros, llevando en brazos un perrito de lanas.

—Señor — le dijo uno de los criados —. Aquí está prohibido entrar con perros.

Al oír esas palabras, Ashenden volvió la cara, reconociendo en aquel caballero, al que al primer día de llegar al hotel cruzó unas palabras de disculpa en el hall con motivo de haberle pisado el perro. Y una idea relámpago cruzó por su frente. ¿Sería aquel inglés el hombre que buscaban?

—Lo siento — respondió el interpelado —. No tendrá otra solución que irme yo también.

—De ningún modo — terció Ashenden —. Tengo entendido que el reglamento del hotel no habla de semejante prohibición, sobretodo cuando el perro se lleva en brazos y, por consiguiente, no produce molestias.

—Señor mío — replica algo amoscado el empleado —. Le repito a usted que el reglamento especifica escuetamente esta cuestión.

—No discutan más — dice a su vez el Mejicano —. Vaya usted a buscar el reglamento y delante de todos se lee ese artículo que usted cita.

En el pequeño coro que habían formado ciertos curiosos, se hallaba Marvin, que parecía seguir con cierta curiosidad y muy divertido, aquellas escenas.

El desconocido le dió las gracias a Ashenden, presentándose, complacido:

—Soy Mister Caypor.

—Complacido — contestó nuestro agente ceremoniosamente y afectando gran simpatía —. Creo que antes le vi a usted...

Mientras le hablaba, Ashenden no cesaba de escrutar aquél rostro, tratando de penetrar el pensamiento que se escondía tras él. La idea de que toda la trama de la inmensa tela sobre la que él discurría, residía en el extravagante aristócrata, se afirmaba más en su cerebro.

Por su parte, el extranjero parecía muy encantado de sus atenciones y completamente ajeno a toda sospecha. Tenía el aspecto algo necio, una nécedad totalmente extraña a su porte y a su gallardía.

Ashenden tenía buen olfato y echó de vér al instante esa anomalía, cosa que le indujo todavía más a ahondar en la psicología de su coloctor. Al efecto concibió un ardid poco usado, pero que a él le había dado resultados magníficos en anteriores ocasiones, y éste consistió en meter a Mister Caypor en una conversación completamente estúpida para ver hasta qué punto la seguía con naturalidad.

—Me encantan los animales — le dijo, afectando un verdadero cariño por los irracionales.

—A mí también. ¡Oh, son mi debilidad!

—En mi despacho tengo colgados diversos pergaminos, en los que hay escritas grandes máximas de filósofos célebres en las que se dice que el estado superior en el hombre se deduce de la cantidad de animales de que sabe rodearse.

—¡Originalísimo!

—¿Lo cree?

—Plenamente.

—En rigor, el hombre es un animal y quien sabe si...

—¿Se referirán los filósofos al hombre?

—Exacto — terminó Ashenden sonriendo con inflexible malicia.

—Es usted muy agudo — comentó Mister Caypor con absoluto candor.

No obstante la perfecta idiotez del desconocido, nuestro agente creyó observar que entre los pliegues de su sonrisa se escondía todo un mundo de astucias. Dió el diálogo por terminado, diálogo que, aparte sus personales observaciones, le convenció de que la fama de extravagante de que gozaba aquel señor era bien fundada.

Pasado aquel pequeño incidente, volvieron a la ruleta, continuando el juego. Frente a ellos Caypor apostó también. Ashenden, después de apostar un par de veces, colocó sobre un color el botón que había sido hallado en la iglesia. Todos los jugadores celebraron aquella ingeniosidad del muchacho, pero una señora de las que estaban sentadas en la mesa, fijándose en la americana que llevaba Caypor, exclamó, deseosa de continuar la broma.

—Le falta a usted un botón, Mister; ¿no será, por casualidad, éste?

El interpelado se miró la americana, constatando que, en efecto, le faltaba un botón y cogiendo el que la señora le ofrecía, comprueba que son idénticos.

—Muchas gracias — responde el inglés —. Sin duda es mío.

Ashenden y el Mejicano cruzan una mirada de inteligencia.

Aquel era el individuo al cual era necesario suprimir.

Al día siguiente, Ashenden recibió otro telegrama cifrado, procedente de «rr», que decía: «Hombre partirá mañana; hagan todo lo posible para evitarlo.»

Enterada del contenido del telegrama, Elsa mostró un profundo disgusto. Ashenden era para ella un perfecto caballero por el cual sentía ya un cariño que la iba uniendo lentamente, y la idea de que el hombre que ella empezaba a querer se convirtiera en un asesino la electrizaba. Por otra parte, el señor Caypor era sumamente simpático y un perfecto marido, ya que se mostraba siempre muy amante de su esposa para la que no regateaba galantería; además, tenía una expresión de rostro demasiado quiega y bondadosa para ser el temido agente.

Ashenden, para quien no le pasaban desapercibidas las luchas interiores que Elsa sostenía, con la que siempre se mostraba correcto, acentuando más la nota delante de ex-

traños, para simular perfectamente que eran un matrimonio muy avenido y enamorado, deseoso de distraer la imaginación de la joven, procura distraerla sin dejar descuidado su trabajo, que le sirve para evitar que su pensamiento vaya tras ella con harta frecuencia, convencido de que el corazón de la chica está totalmente en manos de Marvin, por el que siente una destacada aversión.

Por la noche, en el restaurant, Míster Caypor les presentó a su esposa.

La señora Caypor era una señora de mediana edad, vestida muy sencilla, y de rostro agradable, la que demuestra sentir una verdadera admiración por su marido a quien no se cansa de elogiar, estando siempre atenta a lo que él puede desear para complacerlo.

El aspecto del joven matrimonio Ashenden, pareció agradarle en extremo, iniciándose rápidamente una franca camaradería entre todos, brindando por la mutua felicidad y sentándose en la mesa de Ashenden. Durante el desarrollo de la conversación, Elsa no cesaba de mirar a Míster Caypor, lamentando interiormente que aquel hombre tan amable, cuya conversación animada y fácil daba gusto oírla, le quedasen ya pocas horas de vida. Su corazón femenino latía de compasión por aquella señora que, en pocas horas, probaría la amargura de su manto de viuda.

Ashenden y el Mejicano se miraban a su vez, planeando, con la vista, la ocasión propicia para tenderle las redes, y ésta no se hizo esperar.

El giro de la conversación condujo al comentario del alpinismo, declarándose Míster Caypor ser uno de los más aficionados.

—Yo también siento una verdadera inclinación por escalar a los picos — declaró con intención el Mejicano —. Me han informado que cerca de aquí se encuentran unas montañas interesantísimas. Usted debe saber algo de eso.

—Ya lo creo — contestó Caypor —. Diversas veces he subido hasta el pico más alto, y les aseguro que es una excursión deliciosa.

—Puedo asegurarles — terció la señora Caypor — que el camino que él sabe es el más corto, aunque tiene ciertos peligros, pero, afortunadamente, Caypor sabe donde pone los pies.

El Mejicano dirige a Ashenden una punzante mirada, que sorprendió Elsa.

Suavemente el destino les colocaba entre manos la ocasión propicia para suprimir a un enemigo, no pasando de ser un accidente como otro cualquiera.

—Con gusto les acompañaría — continuó inocentemente Caypor — pero parto muy en breve y no habrá tiempo de hacerlo.

—No sabe usted cuánto lo siento — contestó el Mejicano —. Si no fuera abusar de su amabilidad le rogaria, de tener tiempo, me acompañase mañana mismo. Para estas cosas soy algo impaciente, sobre todo cuando excursiones de esta envergadura no surgen muy a menudo, por lo que procuro aprovecharlas todas.

—Siendo mañana mismo, aún podré acompañarle, puesto que no parto hasta pasado mañana.

—Me quieren con ustedes? — preguntó Ashenden —. Yo no soy tan aficionado como mi amigo, pero no dejo de sentir cierta curiosidad por esas montañas que usted ha ponderado tanto.

Míster Caypor había caído en la ratonera, quedando acordado que al día siguiente los hombres saldrían temprano para realizar la excursión y las respectivas esposas se reunirían en la habitación de Caypor, donde su señora le daría a Elsa unas lecciones de inglés, para pasar un poco el rato.

Marvin, no dejaba perder la menor ocasión de pasar un rato junto a Elsa, y aprovechando un momento propicio se acercó a ella, insistiendo en que lo acompañase al día siguiente. El muchacho deshaciase en explicarle que su aspiración era tenerla cerca, saturarse de sus encantos, conversar un poco y divertirse un mucho, pero Elsa, seriamente preocupada, oía vagamente las explicaciones de su galán, negándose a salir y alegando como justificante, la visita que al día siguiente tenía que hacer a la señora Caypor, la que se había ofrecido gentilmente a darle unas lecciones.

—Si es eso, no importa. Te acompañare y de paso aprenderé también la lección — dijo sonriente Marvin —. No dejará de ser divertido ir juntos al colegio como si fuéramos un par de chiquillos.

Por el estrecho sendero iban subiendo Míster Caypor, que les llevaba unos pasos de delantera, y Ashenden, junto con el Mejicano. Los fuertes bastones de montaña se hun-

dían en la blanca nieve y las altas botas dejaban profundas huellas. Hacia ya algunas horas que caminaban y Ashenden empezaba a sentir cierta fatiga, no así Caypor que, animosamente, continuaba su camino, volviéndose de trecho en trecho, señalando con el bastón algún punto de belleza panorámica que comentaba entusiasmado.

—He hecho tres veces este camino y cada día sé me antoja más hermoso. ¿Están ustedes cansados?

—Por mí, en absoluto — contestó el Mejicano —. Ya le dije a usted que esta clase de excursiones me entusiasmaban.

—¿Y usted, señor Ashenden?

—Yo sí siento algo de fatiga.

—Cerca de aquí, en una pequeña hondonada, hay un observatorio, que si le interesa podría quedarse descansando. Desde el anteojito podría ver cómo nosotros vamos ascendiendo hasta el pico más alto. No deja de ser, también, algo interesante contemplar a larga distancia estas magníficas crestas sin moverse del sitio.

La idea le gustó a Ashenden, que a medida que se acercaba la hora fatal de darle el pasaporte, iba creciéndole la inquietud, deseando no estar junto a ellos cuando sucediera el drama.

—Acepto la invitación, Mister Caypor. Yo les dejaré a ustedes y cuando regresen me pasan a recoger.

Mister Caypor sonrió, sin dejar de caminar.

El Mejicano, seguía detrás de él, con los ojos fijos en su futura víctima. Ya durante el camino que habían recorrido, estuvo tentado diversas veces de echarle las manos al cuello, pero Ashenden, que, a pesar de todo era un caballero, lo contenía, alegando sería mejor vigilarlo para impedir su desplazamiento.

—Me repugnan esta clase de crímenes amigo mío — le decía por lo bajo —. Creo que no hay necesidad de llevar las cosas a este extremo. Podemos no perderlo de vista, controlándole todos sus pasos.

—No, Ashenden; lo mejor es quitarlo de en medio y quedamos tranquilos.

Ashenden comprendió que aquel «sabueso» de «r», primero se dejaría matar que no cumplir al pie de la letra órdenes dadas por éste, motivo por el cual el general lo había colocado a su lado, ya que no le había pasado des-

apercebido que Ashenden era un buen elemento que sabía sacrificarse por la patria pero sin llegar a mancharse las manos con una muerte. Y calló, no sin sentir bastante repugnancia por aquel hombre extravagante que llevaba las manos cubiertas de sangre de diversos crímenes perpetrados, pero que en su apariencia y manera de expresarse, parecía un chiquillo.

Decidió, pues, quedarse en el observatorio, alegando que la fatiga le iba aumentando, impidiéndole hacer un esfuerzo para acompañar a los dos hombres, y éstos, después de deseárselo se repusieron un poco para el regreso, continuaron su camino. El uno en busca de unas bellezas que le darian la muerte, y el otro, deseando terminar con aquel asunto que, por lo largo que se hacía, empezaba a serle enojoso.

Ashenden, pegado al telescopio veía perfectamente a los excursionistas cómo seguían su ruta. El anteojito de larga distancia le colocaba las figuras a dos pasos, pudiendo repasar sin molestia alguna, sus menores gestos.

Veía la cara enigmática del Mejicano, husmeando la ocasión propicia para salir impune de aquella aventura. Sus manos temblorosas con afán de estrangularle, avanzaban diversas veces, retirándolas al menor movimiento que hacia Caypor, qué, confiado caminaba apoyándose en el bastón, volviéndose, como tenía por costumbre, y cruzándose unas palabras.

En el salón de la señora Caypor, Elsa y Marvin, sentados en un sofá, escuchan complacidos las explicaciones de la dama que a cada nueva palabra que pronuncia la joven con su marcado acento alemán, se sonríe procurando corregirla, y repitiéndola ella. Sus manos, en constante movimiento van tricotando al mismo tiempo un pullover para su marido. En los pequeños altos de la lección, la señora Caypor comenta con ellos la excursión que estará realizando su marido en compañía de los dos amigos, esperando el regreso de los ausentes para que le expliquen los pormenores ocurridos durante la misma.

Toda la tarde, el perro de lana que, habiése quedado en casa, mostraba una impaciencia desacostumbrada. Elsa no cesaba de mirarle, sintiendo una angustia que le anudaba la garganta. Ya había avisado a Ashenden que se abstuvieran de matarle, pero presentía que su humanismo

podía parecerles a los hombres una puerilidad femenina. La silueta de Caypor correcto y bonachón se le presentaba envuelta en los tulés del remordimiento, que iba acentuándose a medida que el perro se impacientaba, queriendo salir a toda costa, por lo que no dejaba de rascar con las patitas la puerta, suplicando paso libre, para correr en busca de su amo. —¡Ven aquí! — le gritó la dama.

Pero el perro no hacía caso a la orden y continuaba rascando la puerta.

—No sé qué tiene este perro — comentó la señora Caypor —. Siempre que sale mi marido sin llevárselo, se pone impaciente, pero como hoy, nunca.

El perro parecía entender lo que su ama decía, continuando husmeando la puerta y clavándole las pupilas.

No sin esfuerzo se logró que el perro se echara a los pies de su ama. Elsa palidecía, sentía una angustia que le oprimía el corazón y hacia esfuerzos inauditos para disimular sus íntimos sentimientos. Aquel perro era una obsesión, ya volvía a estar junto a la puerta, ladrrando suavemente.

Marvin miraba con interés aquellas escenas, sin fijarse mucho en su compañera y comentando en voz alta con la señora Caypor qué es lo que el animalito podía presentir.

Desde el observatorio, Ashenden seguía la ruta de los dos excursionistas, impaciente y pálido, también. De pronto, vió avanzar las manos temblorosas del Mejicano, hincándose como garfios en el cuello de Caypor. Falto de valor, apartó unos minutos la vista. No podía ser testigo de aquella villanía. Un sentimiento de piedad invadió su alma, y una fuerza secreta le hacía apartar la vista, pero luego, reanimándose, volvió a aplicar los ojos al anteojito y vió, allí en la lejanía, recortado en el fondo de un cielo compacto y monótono, una sola figura. El Mejicano llevaba una expresión salvaje de contento y ya solo, retrocedía el camino andado para reunirse con Ashenden. El crimen estaba consumado. El alpinista había rodado los altos abismos, hundiéndose para siempre en ellos.

Y en aquellos mismos instantes, el perro de lanas lanzaba sus plañideros aullidos, que pusieron los pelos de punta a la pobre Elsa, que acabó tapándose la cara, mientras en el rostro sereno de la señora Caypor se dibujaba una sombra de angustia.

—Debe haber pasado algo. El perro no se equivoca fácilmente. ¡Qué horror!

Ashenden cursó rápidamente un telegrama cifrado, en el que daba cuenta de haber cumplido hasta el final su misión.

Cuando se encontraron solos en la habitación del hotel, Elsa expuso a su compañero, que no estaba dispuesta a seguir trabajando con ellos, pues si bien había realizado diversos servicios en el cuerpo de espionaje, nunca había llegado a mancharse con la sombra de un crimen. En aquel ambiente no podía continuar y por lo tanto, presentaba a Ashenden su dimisión. Al oírla razonar de aquella forma, el joven comprendió que ella tenía razón y la pasión oculta que llevaba en su alma se desbordó saliendo a flor de labios. El, al igual que ella, había sentido remordimiento y repugnancia, hasta el extremo que, falto de valor para continuar la obra, se había quedado en un pequeño valle, desde donde había visto parte de la escena.

—Es lo mismo — dijo seriamente Elsa —. Lo consentiste y eso basta.

Ashenden, abochornado por las réplicas de Elsa que evindicaban la complicidad de él, en el crimen perpetrado, decidió presentar a su vez la dimisión y reanudar una nueva vida de paz con ella. Elsa no podía creer en tanta felicidad.

—Si me quieres como dices — continuó Elsa loca de alegría — nos podemos marchar lejos y vivir felices, fuera de todos estos peligros e intrigas. Es hora ya de que descansemos.

Pero el destino no estaba dispuesto a la felicidad de los jóvenes.

Por la noche, deseosos de distraer la pena y el malestar que llevaban en sus almas, decidieron ir a un restaurante, donde unos zingaros tocaban y bailaban. En medio de la alegría que rebosaba el local, Ashenden permanecía con el ceño fruncido, perdido en desagradables pensamientos que no lo dejaban y Elsa, insensible a todo, no dejaba de pensar en Caypor, otra víctima de las redes del espionaje.

El sonido monótono de las panderetas dentro de las cuales, hacían rodar una moneda de plata, aturdían a Elsa, recordándole aquel botón funesto de cuero, y en su mente enfermiza por las sensaciones sufridas se le representaron millares y millares de botones que danzaban vertiginosamente. Ashenden contemplando su palidez le escanció una copa de champaña que la joven bebió como una autómata.

Con aire despreocupado se les acercó el Mejicano, que acababa de llegar, mostrando en la mano un telegrama.

—Soy caballero y no lo he abierto.

Ashenden cogió rápidamente el papel, desdoblándolo, y colocandolo sobre la mesa. Dónde ante la curiosidad de sus amigos lo fué descifrando: «Recibido mensaje; ese no es nuestro hombre. Sigan buscando». «r».

La sorpresa que invadió a los tres, fué enorme.

Ashenden se llevó la mano al corazón. ¿Era posible? Qué había hecho de su ciencia psicológica? Caypor era un sencillo burgués, un hombre pacífico, digno y celoso de su hogar. ¡Y él le había hecho matar!

—¡Es horrible! — murmuró, como si hablase consigo mismo.

Elsa, pálida, no dejaba de mirarle, mientras evocaba el rostro amable y confiado de la esposa de Caypor en aquella tarde trágica en que ella, cómplice del asesinato, derramaba el veneno de sus hipócritas correspondencias.

¡La vida de un hombre! Ahora, Ashenden alcanzaba a ver toda la trascendencia que tenía. ¡Cuán fácil era suprimir a un hombre! Sin embargo, no lo era ya tanto acomodar la conciencia a una tranquilidad estable, después de haberlo hecho.

—Siento repugnancia de mí mismo — confesó con voz lo suficientemente alta para que el Mejicano pudiese oírle.

—No seas estúpido — le atajó el asesino, con frialdad

—¡La idea espantosa de que he destruído un hogar no me abandonará nunca!

—Piensa que lo has hecho en bien de altos fines políticos.

—No podré pensar más que he hecho cegado por la ambición personal.

—¡Bah!

Elsa tenía los ojos humedecidos por las lágrimas y ello excito la hilaridad del Mejicano.

—¡Valientes colaboradores me ha destinado el mando! — se burló.

—Nosotros estamos dispuestos a actuar en un plano de intriga y contraintriga, simplemente, sin efusión de sangre — protestó, valientemente, la joven.

—Cuando se abraza una profesión hay que hacerlo dispuesto a apechugar con todas las consecuencias. En fin, no me habléis de cosas sentimentales.

—Usted es un monstruo!

— 22 —

Bruscamente, el Mejicano se golpeó las manos.

—A lo mejor estamos perdiendo el tiempo — exclamó —. No se olviden de que en la chaqueta de Míster Caypor faltaba el botón que hallamos en la mano contraria del organista. ¿Qué explicación dais a esto? ¿Era verdaderamente inocente?

Los dos jóvenes no dieron importancia a estas palabras.

Elsa, sintió que se agudizaba más profundamente el remordimiento. —¡Pobre Caypor!; si era inocente.

—No hay que lamentarse. La muerte fué breve — comentó el Mejicano.

—No me encargo de este asunto — dijo resueltamente Ashenden —. He decidido dimitir.

—Entonces, ¿qué voy a hacer yo solo? Creo que lo más prudente es seguir hasta el fin, después, haz lo que te plazca.

—No. Tú te bastas solo para esta clase de asuntos.

—Yo, sin vosotros no sé hacer nada. Necesito un cerebro que me guíe; luego yo hago el resto.

Afortunadamente para todos, la conversación fué suspendida, por la aproximación de una mujer joven y bonita, que se sentó al lado del Mejicano. Este ya no tuvo cabeza para nada más. Empezando con la desconocida un cruce de miradas y sonrisas y concluyendo finalmente por sentarse junto a ella. La pareja Ashenden respiró al desembarazarse de él, que, cogido del brazo de la joven salió del restaurant.

Al día siguiente, en la habitación del hotel, Ashenden, inducido por Elsa, empezó a redactar la carta mediante la cual se relevaba del servicio que le había sido encomendado por «r».

Elsa estaba contenta, augurando días venideros repletos de dicha. Su mente, saturada de Ashenden, iba borrando lentamente el recuerdo de Marvin, a quien consideraba demasiado jovencuelo y aturdido para hacerla feliz. Sin embargo, le debía algunos ratos de distracción, que también iban esfumando en el cielo del olvido. En cambio, la figura de Ashenden perfilábale más cada día, prometiéndola unos años de felicidad, y escudándose en la capa de su honestidad y seriedad.

La tirantez primera que sostenían Elsa y Ashenden había cedido totalmente iniciándose una nueva era de franca camaradería que bordeaba el comienzo de un idilio.

— 23 —

No había terminado la carta Ashenden, cuando se personó en la habitación el Mejicano, con una cara de Pascuas, y acercándose al agente le explicó en breves palabras que había pasado la noche anterior con la joven del restaurante. Aprovechando la ingenuidad que, al parecer, tenía el «sabueso», logró descubrir que tenía amores con un joven empleado en cierta fábrica de chocolate, en donde habían diversos espías enemigos. Deslumbrada por una fuerte suma que había ofrecido, la mujerzuela declaró que su amante sabía el nombre del jefe inglés que se hallaba en la localidad y que en breve partiría. Respondiendo a los deseos del Mejicano que se deshacía en halagos, quedó acordado que al día siguiente, éste visitaría la fábrica en calidad de turista, en donde se pondría en contacto con el amante, para averiguar el nombre del individuo en cuestión y entregarle la suma ofrecida.

—Ya ves que no he perdido el tiempo. De un tiro maté dos pájaros.

Al principio Ashenden se negó a secundarle los planes, pero luego se dejó convencer por el Mejicano, que le aseguraba el éxito de aquella gestión, pudiendo, una vez realizada, deshacerse del cuerpo, si así lo deseaba.

Cuando Elsa regresó a la habitación, lo primero que vió fué la carta que Ashenden escribía, inconclusa todavía, abandonada sobre la mesa. Tuvo unos momentos de coraje al ver que Ashenden no cumplía lo prometido, incapaz de substraerse a aquella vida de lucha a la que pronto se había acostumbrado y, por otra parte, le demostraba que su amor no era lo suficiente fuerte para ayudarle a llevar a cabo aquel sacrificio.

Sintiendo un profundo despecho por el agente, resurgió en su mente vibrante, otra vez, el recuerdo de Marvin, que si bien era algo ligero de cascos, a lo menos demostraba ser un muchacho incapaz de meterse en semejantes lios, y salió resuelta a otorgarle aquel cariño, tantas veces solicitado.

Pero Marvin se disponía a partir aquella noche; así que cuando oyó que Elsa solicitaba su compañía, por hallarse terriblemente sola, éste, usando de un tono infantil, murmuró: —Lo siento, Elsa, pero me reclaman mis padres y no tengo más remedio que obedecer.

—Llévame contigo. Yo te aseguro que te he de dar muy poca molestia.



...y con pulso firme, empuña la pistola.



Elsa, apenas podía respirar...

Marvin dudó unos momentos. No cesaba de mirarla, poniendo en su expresión una sombra de duda, que pasó desapercibida para Elsa, cuya única idea era alejarse del hombre que después de adueñarse de su corazón la había burlado.

—Llévame, te lo ruego. Pasó un gran disgusto, y nadie mejor que tú, podría consolarme.

La cara de Elsa reflejaba la mayor sinceridad, y Marvin, después de estar un rato silencioso y repentinamente serio, resolvió: —Está bien. Vendrás conmigo.

Ashenden, ajeno a la decisión tomada por Elsa, se personó en la fábrica de chocolate, según habían convenido, acompañado del Mejicano, y preguntando por el gerente, quien no tardó en recibirlos.

—Señor — dijo Ashenden —. Somos unos turistas que deseáramos visitar la fábrica.

Al principio, el rostro del gerente demostró la mayor sorpresa por la petición, pero luego de repasarlos concienzudamente, se convenció de que se trataba de dos turistas extravagantes, otorgándoles el permiso y poniendo a su disposición un guía.

Ambos hombres, precedidos por el empleado, empezaron el recorrido de las dependencias, simulando oír con gran atención las escuetas explicaciones que les daba el guía, y poniendo en sus ojos la mayor agudeza, repasaban todos los rostros, haciéndose enseñar hasta la más infima dependencia, por si en ella se encontraba el amante de la joven del hotel, que debía estar sobre aviso.

En la inmensa sala de empaquetar, el Mejicano, que se multiplicaba en la mirada, descubrió como un individuo de mediana edad escribía en el papel interior de una cubierta unas palabras, envolviendo luego una pastilla de chocolate, que luego de engomada, la depositó en la tabla corredera que ascendía conduciendo la mercancía hasta el primer piso en donde se embalaba para su exportación. Sin perder de vista el paquete, junto al cual, un papelito blanco, colocado por descuido indicaba una contraseña, siguió, haciéndose el distraído, a la misma marcha. Pero la tabla ascendente se metía por un agujero y el Mejicano, no tuvo otra solución que subir por la escalera de madera hasta el departamento del piso superior, en donde consiguió divisar como el papelito lentamente pasaba por el agujero, y metiese en otro. Al mismo tiempo que alargaba la mano

para apoderarse de él, otras manos viriles, desde el otro lado se hacían suyo el paquete. El Mejicano no tuvo otra solución que regresar al piso inferior, donde le esperaba el agente, a quien contó por lo bajo lo que había sucedido.

Ashenden ordenó continuara la visita como si nada hubiese visto, y siguió comentando con el guía la buena impresión que le producía aquella fábrica gigantesca, montada con los últimos adelantos.

Finalizaba ya la visita, cuando un ruido de coches les llamó la atención, viendo, a través de los ventanales, cómo la policía descendía de ellos, entrando en el local.

—Nos han descubierto — dijo Ashenden —. No hay más remedio que evadirse.

Ambos emprendieron una loca carrera, sorteando toda clase de obstáculos, ante las caras de sorpresa de la mayoría de los empleados, que, ajenos a todo cuanto sucedía, no atinaban a darse explicación alguna. Sólo tres o cuatro individuos que estaban en el ajo, permanecían impasibles, siguiendo con la vista la huida de los visitantes que se habían hecho pasar por turistas.

Con la alarma consiguiente irrumpió en la sala de empaquetar la policía, que ordenó no se moviera nadie, mientras los timbres de alarma de las otras dependencias no dejaban de sonar, ordenando el desaloje. Centenares de empleados dejaron la labor, saliendo a escape, a la calle, facilitando la captura de los indeseables que se habían introducido bonitamente.

Ashenden, seguido por su compañero, corría de habitación en habitación, buscando una ventana desde donde poder saltar o bien alguna salida disimulada, por la que no corrieran el riesgo de caer en la ratonera que tan bien les habían preparado.

Un joven, vestido con bata blanca, les seguía a toda prisa, saltando como ellos los tramos de las escaleras de dos en dos, y no cesando de llamarles. Pero ni el agente ni el Mejicano se daban por entendidos, recelosos de que aquel individuo que los perseguía tan tenazmente, no fuera alguno de los espías contrarios que intentaba hacerse con ellos.

Después de una carrera loca de subidas y bajadas, esquivando a la policía y al individuo desconocido, llegaron a un pequeño recinto en donde el persecutor les dió alcance.

—Un momento. Antes de que venga la policía. Yo soy el novio de la joven del hotel.

Ambos hombres respiraron.

—Enseguida. ¿Sabe usted el nombre del individuo que andamos buscando?

El muchacho estaba jadeante, pero así y todo tuvo fuerzas para decir:

—Sí, señor. Pero lo prometido es deuda. Quiero antes la cantidad ofrecida.

Ashenden que se impacientaba por los minutos que transcurrían, sacó de la cartera un fajo de billetes, alargándose los.

Cuando estuvo convencido de que la cantidad que le habían dado era la estipulada previamente, les entregó un papelito banco en donde trazó un nombre.

Ashenden leyó rápidamente, Marvin, apretando a correr y aprovechando la salida secreta que el muchacho les había indicado, consiguiendo así burlar, una vez más, a la policía.

Cuando se hallaron en lugar seguro, Ashenden volvió a leer el papelito, temiendo haberse equivocado ante las prisas. No cabía duda aquellas letras decían claramente Marvin; luego, el espía tanto tiempo buscado, lo tenían a todas horas delante sus narices, ya que era, nada menos que aquel petimetre.

Cuando regresaron al hotel se encontraron con la jaula vacía, y que el pájaro había huído.

Interrogado el maître de hotel, éste declaró que la señora había partido, llevándose las maletas y acompañada del señor Marvin. Ashenden sonrió.

—Es más lista que nosotros — comentó el Mejicano —. Sin duda alguna estará sobre la pista y habrá descubierto que aquel imbécil no es tan tonto como demostraba.

A una velocidad vertiginosa, el tren que conducía a Marvin y a Elsa, atravesaba campos y llanuras. Los árboles desfilaban con tal velocidad que parecían pegados los unos a los otros, y la noche presentaba oscura como boca de lobo.

En el compartimiento de primera, donde viajaban, Marvin iba silencioso con el ceño fruncido como nunca lo había visto. Elsa se esforzaba por alegrarlo, pero el joven parecía hondamente preocupado, siendo atribuido por la joven a su presencia.

Deseosa de respirar un poco de aire, Elsa abandonó unos

momentos el compartimiento, saliendo a dar un paseo por el corredor.

El tren estaba materialmente atestado de tropa que se acomodaban como podían. Unos, echados por el suelo y otros recostados por las paredes.

Sorpresa por tanto elemento guerrero, regresó de nuevo a su puesto, preguntando:

—¿Tú sabes porque hay tanto soldado en este tren?

—Eso lo sabrás tú, querida — respondió Marvin con tono mordaz, suprimiendo su gesto tan peculiar de chiquillo grande.

—La verdad, es que no sé de qué me hablas.

—No te hagas la tonta, Elsa, hemos querido engañarnos mutuamente y creo que sonó la hora de quitarse las caretas. Tú estás en combinación con el cuerpo de espionaje alemán. Junto con Ashenden y el otro, buscáis en valde a un hombre a quien tenéis que suprimir. Pero yo os he cogido la delantera y ahora estás bajo mi tutela, Elsa.

—¿Tú? — exclamó la joven, dilatando sus hermosos ojos.

—Sí, yo.

—Me confundes, Marvin...

—¿No crees que ha llegado el momento de quitarnos la careta?

Elsa tenía conciencia de su misión policial, si no presente, lo suficiente reciente para contar con los más extravagantes imprevistos; sin embargo, este caso superaba toda imaginación.

Miró fijamente a su colocutor, a su chiquillo, a ese hombre que aun teniendo la figura de tal no merecía todavía el título, ni por su presencia ni por sus actos. ¿Era posible que...? Realmente, de sus pupilas enormes y negras como el azabache surgió ahora un brillo severo que antes desconocían; sus mismos ademanes tenían un no sé qué de viril, de energético y combativo y formidable.

—Adivino tu pánico; quizás tienes razón. Verdaderamente, no lo esperabas; son sorpresas que hay que encarar con la máxima serenidad posible. Te he cazado.

—¡Me has cazado! — murmuró, con angustia, la joven.

Marvin no podía imaginarse que en el corazón de su prisionera tenía lugar una lucha de sentimientos que nada tenían que ver con el asunto del espionaje.

Así, que se encontraban dos almas recelosas y adversa-

rias en principio, desviadas del objeto por circunstancias incidentales que nada tenían que ver con él.

—Si, te he cazado — repitió Marvin con un timbre de voz grave que estremeció a Elsa.

—¿Crees en mis sentimientos?

—No, nada tuyo me induciría a creer — replicó, secamente, el joven.

Elsa no lograba salir de su aturdimiento. Su pensamiento voló hacia Ashenden. Recordó sus últimas protestas de puro amor... la carta dándose de baja del cuerpo, carta no terminada. Todo era confuso en su imaginación; se le antojó suponerse prisionera en medio de una telaraña inextricable y repugnante, cuya inmensidad se perdía en el espacio... Se repitió las últimas palabras de Marvin.

Ellas hicieron la luz en su cerebro, demostrándole que aquel hombre que buscaban y a quien tenían que suprimir, era aquel muchacho juguetón y calavera con quien habían simpatizado desde el primer momento. Ahora, Marvin, en plena función de su cargo, se le mostraba todo un hombre, de carácter firme e indomable.

Elsa estaba aturdida. Otra nueva angustia venía a sumarse a las pasadas anteriormente, temiendo, esta vez, por la vida de aquel joven, que a pesar de todo, era un caballero. Silenciosa se acurrucó en un rincón, aguantando la mirada dura de Marvin que la vigilaba constantemente, mostrándole la desconfianza que le inspiraba.

Por la mente de la joven cruzó como un relámpago el titubeo que había tenido cuando le pidió se la llevara. Se electrizó al pensar que aquel hombre había creído, sin duda, era una estrategia para hacerlo caer en la ratonera, y por su parte, no se veía con fuerzas para convencerle de que era lo contrario.

Marvin, seguro de que la joven no llevaba consigo ninguna arma de fuego, la dejó un rato, para repartir órdenes entre los oficiales que llevaba a su servicio, regresando a su lado sin desplegar los labios y con la cara sombría.

Ashenden y el Mejicano no habían perdido el tiempo, logrando, tras inauditos esfuerzos, introducirse en el tren donde viajaba la joven pareja.

Cautelosos y avezados a esta clase de aventuras peligrosas, se metieron en un departamento del último vagón que estaba vacío, sin sospechar que los demás vagones iban atestados de tropa.

Pero todas las precauciones tomadas no fueron suficientes, ya que, siendo descubiertos, pasaron aviso rápidamente a Marvin.

Este, pálido de coraje, creyendo que los espías enemigos habían dado con él por mediación de la joven, le dijo, usando el tono más despectivo que encontró:

—Ahí tienes a tus amigos. Ahora ves a denunciarme y habrás cumplido con tu obligación.

—Nada de eso, Marvin; te aseguro que yo no sabía...

No pudo continuar; un nudo le apretaba la garganta y el sufrimiento se debatía en su alma, penando por Ashenden que lo sabía cercano a una muerte segura si no lograba poner en juego su peculiar ingenio y, por otra parte, sentía que Marvin fuera víctima de alguna desgracia, ya que el Méjicano, seguramente no desperdiciaría la ocasión de acabar con él, aunque supiera que había de costarle su propia vida.

El tren, insensible al drama que se masticaba dentro de sus vagones, seguía a toda marcha, tragándose los kilómetros y devorando el espacio, que Elsa lo veía largo, largísimo, con un olor de eternidad.

Marvin, temeroso de que los pájaros de cuenta que se habían introducido en la trampa por voluntad propia, se le escaparan de las manos, decidió hacerles una visita. Pero antes, quiso probar hasta dónde llegaba la hipocresía de aquella mujer que lo acompañaba, ordenándole le dejara solo, unos momentos.

Elsa, en cuanto se vió libre, recorrió todo el tren en busca de sus amigos.

—¿Qué hacéis aquí? — preguntó cuando estuvo frente a ellos.

—Venimos en busca de Marvin. Tú has tenido mejor olfato que nosotros, Elsa.

—No sé de qué me habláis — contestó.

—Marvin, el hombre con quien viajas, es el espía inglés que buscábamos en él Excelsior y que no debe llegar a destino.

—Imposible — murmuró quedamente —. Huid antes de que os cojan.

—De ninguna manera — respondió el Méjicano —. Traigo esto conmigo y he de hacerlo servir.

El «sabueso», sacó un puñalito que mostró a la joven, volviéndose a guardar.

—¿Estáis seguros que Marvin es el hombre que buscáis?

—Sin duda alguna — contestó Ashenden.

En aquellos momentos entró Marvin.

—¿Cumpliste con tu obligación? — preguntó mordaz.

—¡No! — contestó dignamente Elsa.

La joven intentó marcharse, molesta ante el tono que usaba Marvin.

—No se mueva nadie — dijo éste sacando su pistola —. Hemos de vernos las caras.

Ashenden hizo un movimiento de contrariedad al percatarse del peligro que corrían y de la situación embarazosa que atravesaban.

El Méjicano no perdió su acostumbrada sonrisa cínica, espionando el momento oportuno para echarle las zarpas.

—Esta vez, señores, han vuelto a equivocarse — dijo Marvin —. El cazador resulterá el cazado. Lo sénto, pero ustedes harían lo mismo, ¿verdad Ashenden? Mejor dicho, señor Broder?

Ashenden quedóse impertérrito, no acusando recibo de aquellas palabras.

Los minutos que transcurrieron fueron de honda angustia. Marvin hizo apartar a la joven, recluyéndola en un rincón y con el revólver en la mano se disponía a hacer la justicia por su propia mano, cuando un ruido de motores de avión se dejó sentir y una lluvia de bombas cayeron rodeando el tren. Las ametralladoras no cesaban su tableteo, y los soldados, apostados en lo alto de los vagones disparaban continuamente sus cañones antiaéreos, intentando tocar los aparatos que en el silencio de la noche evolucionaban sembrando la muerte.

—Ahí tiene a los tuyos — habló Marvin —. Seguramente han sido ustedes quienes han avisado. Sus amigos les observan con su acto de presencia.

Otra explosión más cercana despidió a los hombres unos contra otros, desarmando a Marvin que quedó a merced de Ashenden y del Méjicano.

Elsa, muerta de terror, seguía inquieta y pálida la escena trágica que se estaba desarrollando entre el estampido de las bombas y el tableteo intermitente de las ametralladoras.

El Méjicano creyó llegada la ocasión propicia y sacó su puñal, dispuesto a lanzarlo contra el pecho de Marvin, que lo miraba impasible. Sabía que la hora final le había sonado

y esperaba sereno el desenlace. Mientras tanto, las bombas lanzadas con furia seguían explotando cada vez más cercanas, hasta que una de ellas hizo añicos el vagón donde estaban los tres hombres.

Entre un montón de escombros, aparecieron los cuatro personajes. Elsa, apenas podía respirar materialmente enterrada entre hierros retorcidos, sangrante y falta de fuerzas.

Ashenden hacía titánicos esfuerzos para lograr salir de aquel caos de infierno, y las bombas seguían su lúgubre misión.

El tren estaba despedazado, y sólo veíanse montones de carne humana.

Pero el Mejicano, testarudo y ansioso de cumplir con su misión antes de entregar su último aliento, logró, arrastrándose en un charco de sangre, llegar hasta donde yacía Marvin, que empezaba a salir del letargo producido por el golpe e intentaba escapar trabajosamente. Empuñando el puñal, que había conservado fuertemente en la mano, lo clavó hasta la empuñadura, en el pecho de Marvin, que al sentirse herido le lanzó una mirada de odio, mientras exhalaba un débil quejido, cayendo seguidamente al suelo.

El «sabueso» dilató la boca en una mueca que quería parecer una sonrisa. Pensando que él hacía las cosas más rápidas y mejor que ninguno y logrando incorporarse unos momentos, demostrando todo el valor que poseía su pequeña figura, miró con una profunda mirada de vencedor al caído, en un charco de sangre. Luego, vaciló unos segundos, cayendo desplomado sobre Marvin.

Las órdenes dadas por el general, conocido por todos sus hombres como «rr», habían sido cumplidas estrictamente, despreciando, inclusive, la propia vida.

F I N

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
* — 4. *La vida de la Boheme*, por Martha Eggerth y Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Mujercas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costalí*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
— 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodol Forster.
— 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
— 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
— 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Cedric Ardwick.
— 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
— 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
— 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
— 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Helli Finkenzeller.

* Agotadas.

En preparación

UN PAR DE GITANOS, interpretada por
STAN LAUREL y OLIVER HARDY

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154
BARCELONA



N.º 36